
SEGUNDA PARTE

I

En la tienda de Amileo, Zbishko y Maztko celebraron una conferencia acerca de lo que debían hacer.

El anciano guerrero esperaba la muerte, que un franciscano gran conocedor de heridas predijole cercana, y deseaba volver á Bogdanetz para ser sepultado junto á los suyos. No todos, sin embargo, habían recibido sepultura en aquel cementerio, porque su estirpe tenía por blason una herradura y entraba en batalla gritando: *Grady! grady!*

En la batalla de Plovtz en 1331 los soldados alemanes mataron setenta y cuatro guerreros de Bogdanetz y únicamente quedó en pie Voitzeck, apellidado Tur, á quien el rey Ladislao, cuando hubo vencido á los alemanes, ennoblecíó dándole la tierra de Bogdanetz.

Tur volvió á su país natal para ver la ruina de su familia, ya que mientras los soldados de Bogdanetz caían bajo el hierro alemán, dos bandoleros de la vecina Sajonia asaltaron el pueblo, quemaron las casas, mataron á los hombres, y aprisionaron mujeres y niños para venderlos luego como esclavos en lejanos países.

De tal modo Tur resultó poseedor de grandes propiedades que pertenecieron á diversas ramas de su familia. A los cinco años de la catástrofe se casó, y de su matrimonio nacieron Jasko y Matzko, muriendo poco después en una caza de búfalos el gran guerrero.

Los hijos crecieron bajo la tutela de su madre, que en dos expediciones distintas habíase vengado de los alemanes, y que en la tercera murió.

Jasko se casó con Jaghenka de Motzagev, que parió á Zbishko. Matzko, solterón empedernido, cuidaba de su sobrino cuanto le permitía su carrera militar, pero después de la batalla de los Nalenci con los Grimaldi, habiendo desaparecido los aldeanos que apelaron á la fuga para librarse de la muerte, Matzko, junto con su sobrino unióse á los lithuanos que combatían contra los alemanes, arrendando antes sus tierras á un abate que era pariente suyo.

Sin embargo, no perdía de vista á Bogdanetz, y si fué á Lithuania, era únicamente para ver si con el botín conquistado, repoblaba con esclavos sus posesiones patrimoniales. Después de la salvación no esperada de su sobrino, Matzko hablaba con él acerca de ello en la tienda de Amileo.

Había dinero suficiente para poder comprar esclavos y animales de labor. El tendero les había comprado parte del botín. Matzko vendióle también sus propias armas, pensando que como la muerte le esperaba ya no las necesitaría.

Zbishko se dolía de aquella venta.

—Si Dios os devuelve la salud, decía ¿dónde encontraréis una coraza?

—Donde encontré la otra; ceñida al cuerpo de algún alemán,—contestaba Matzko. Sin embargo, creo que no escararé de las garras de la muerte; un fragmento de la lanza que penetró en mi cuerpo quedó entre mi carne, y tratando de arrancarla con las uñas la hundí más profundamente, quitando así la esperanza de la curación.

—Deberiais beber una ó dos tazas de grasa de oso...

—Sí; también el padre Tzipek dijo que me aprovecharía y que quizá así el hierro sería expulsado. ¿Pero dónde hallar grasa de oso? Si estuviéramos en Bogdanetz tomaría un hacha, y oculto una noche en el bosque...

—Entonces, vamos á Bogdanetz.

El viejo conmovido miró á su sobrino.

—Ya sé que tú querías ir á ver á Jurand de Spichov.

—No lo niego, pero ante todo, me siento ligado á vos, que jamás me abandonásteis y me interesa vuestra salud. Vamos á Bogdanetz!

—Eres un buen chico.

—Dios me castigaría si no me mostrare reconocido. Mirad nuestros carros; en uno de ellos hice poner paja para que podáis dormir; además, la mujer de Amileo me ha regalado un edredón. Viajaremos despacio siguiendo á la corte de la princesa, y cuando ella tome el camino de Varsovia, nosotros continuaremos á Bogdanetz.

—Quisiera vivir hasta ver construido un castillo, dijo Matzko, porque si muero no te cuidarás de Bogdanetz.

—¿Por qué?

—Porque sólo deseas batallas y amores.

—¿No habéis pensado acaso vos siempre en la guerra? Ved lo que debemos hacer: construir un castillito de madera y rodearlo de un foso.

—¿Y cuando esté construido?

—Entonces iré á Varsovia á la corte de Tzechanov.

—¿Después de mi muerte?

—Si morís pronto, si; pero si el Señor os cura, me esperaréis en Bogdanetz. La princesa me ha ofrecido hacerme armar caballero por el príncipe; de lo contrario Lichtenstein no querría batirse conmigo.

—¿Irás á Malborg?

—A Malborg, y al cabo del mundo con tal de matarle.

—¡Magnífico! ¡ó su muerte ó la tuya!

—Ya veréis cómo os traigo un casco.

—Evita las traiciones, que en aquel país son frequentísimas.

—Rogaré al príncipe Janush que me conceda un pasaporte para Malborg, donde hallaré muchos caballeros; mi primer cartel será para Lichtenstein y luego para los guerreros que lleven plumas en el casco. El Señor me concederá la victoria y cumpliré mi voto.

Zbishko sonrió, y su rostro pareció el de un niño que goza imaginando hechos heroicos que piensa realizar en lo porvenir.

Matzko, moviendo la cabeza, dijo:

—Si consigues vencer á tres caballeros de ilustre prosapia, no sólo cumplirás tu voto, sino que recogerás rico botín.

—¿Tres?—exclamó Zbishko.—Mientras estaba preso, he pensado que para Danusia no son bastantes tantos cuantos dedos tienen mis manos.

Matzko se encogió de hombros.

—Podéis reiros y no creerme, pero os digo que desde Malborg iré á Spichov para ver á Jurand. Debo saludarle, porque es el padre de Danusia y con él iré á pelear contra los alemanes.

—¿Y si no te concediera la niña?

—¿Cómo no, tío? Quiere vengarse y yo también. Nos anima el mismo propósito. Habiendo consentido la princesa en los esponsales, no se opondrá á nuestro matrimonio.

—Pienso una cosa,—dijo Matzko;—si para formar una escolta digna de un caballero, tomas muchos hombres de Bogdanetz, los campos quedarán sin agricultores.

—Dias habrá que halle soldados, y nuestro pariente Jasko de Tulci quizá me preste algunos.

En aquel instante abriéronse las puertas, y como para probar que Dios pensaba en aquellos buenos caballeros, entraron dos hombres membrudos, de piel bronceada, que llevaban caftan amarillo y bombachos oscuros y que se

tocaron repetidamente la frente, la boca y el pecho con las manos, inclinándose hasta el suelo.

—¿Quiénes sois?—preguntó Matzko.

—Vuestros esclavos,—contestaron en mal polaco.

—¿Qué decís? ¿quién os envía?

—Zaviscia nos envía á Zbishko el valeroso.

—¿Qué oigo?—exclamó Matzko con alegría;—¿de qué país sois?

—De Turquía.

—¿Turcos?—exclamó asombrado.

Y acercándose á ellos les tocó como si fueran animales raros, preguntando á su tío si conocía hombres de aquella especie.

—No he visto nunca, pero el caballero de Garbof tiene uno á su servicio. ¿Sois, pues, paganos?

—El amo nos ha hecho bautizar,—contestó uno.

—¿No pudisteis rescataros?

—No, nuestro país está lejos, en las playas asiáticas.

Zbishko y Matzko agradecieron el regalo, porque entonces había pocos esclavos é iban caros.

Estaban aún admirándose, cuando entró Zaviscia mismo acompañado de Povala y otros caballeros, los cuales, habiendo contribuído á la salvación del joven, le traían un regalo como recuerdo.

El generoso caballero de Tacev, le dió una espléndida manta de caballo orlada con franja de oro, y Pashko una magnífica espada húngara de subido coste. Los demás caballeros hicieronle también soberbios regalos dignos de su nombre y su fama.

Zbishko estaba conmovido por la simpatía que le demostraban y contestaba con emoción á sus preguntas acerca de su última partida y de la salud de Matzko, al cual aconsejaban diversos remedios.

El buen anciano, por su parte, recomendaba á su so-

brino aquellos próceres, afirmando que pronto moriría, pues se sentía cada vez más quebrantado.

El padre Tzibek le había extraído sangre, esperando curarle, pero sus esfuerzos fueron estériles.

Matzko estaba contento de los regalos hechos al sobrino, y cuando Amileo ofreció una copa á los caballeros, también él se puso á beber.

Hablaron de la libertad de Zbishko y de sus esponsales con Danusia, diciendo que probablemente Jurand de Spichov no se opondría á la voluntad de la princesa, tanto más si Zbishko vengaba la muerte de la madre de Danusia.

En cuanto á Lichtenstein—dijo Zbishko—no sé si querrá batirse, porque es monje, y uno de los más potentes capitanes de la Orden, de la cual se asegura que será con el tiempo gran Maestro.

—Si no acepta el reto, perderá el honor,—observó Lis de Targovisk.

—Pero como no es laico, y sí monje, á éstos les está prohibido batirse.

—A menudo también se baten los monjes.

—Porque violan las reglas de la Orden. Los templarios son tan buenos para hacer votos como para violarlos. Se encontrarán en la guerra.

—Dicen que no estallará porque los templarios la temen.

—No durará mucho la paz.

—Quizá deberemos batirnos con Timur,—dijo Povala; —sé de una manera cierta que Vitoldo ha sido derrotado.

—Sí, el capitán Spitko no ha vuelto y muchos príncipes lituanos han muerto en el campo de batalla.

—La difunta reina ya lo había predicho.

El relato se refería á la guerra con los tártaros; no cabía duda de que Vitoldo, más impetuoso que hábil, había sufrido una terrible derrota junto á Vorskla y que muchos

guerreros lituanos y rusos habían caído á la vez con los templarios.

Los huéspedes de Amileo, lamentaban especialmente la suerte del joven Spitko, el más rico de la corte que había muerto sin dejar rastro alguno.

Los caballeros elogiaban su valor y decían que habiendo recibido del jefe enemigo un distintivo, no quiso ponerse durante la batalla, prefiriendo una muerte gloriosa á la vida que le concedía el caudillo pagano. No se podía afirmar si había muerto ó si estaba herido ó prisionero. En este último caso se le podría rescatar, porque era muy rico y había heredado de Vitoldo el feudo de Podolia.

La derrota de los lituanos atemorizó á la corte de Jagellon, porque nadie podía asegurar que los tártaros, envanecidos por su victoria, no se precipitasen contra Polonia. En tal caso, los caballeros debían volar al combate; Zavischia, Farurey, Dobko y el mismo Povala que estaban acostumbrados á correr aventuras en cortes extranjeras, no salían de Cracovia en espera de los acontecimientos, porque si Timur, príncipe de veintisiete estados, avanzaba con sus hordas, el peligro podía ser muy grave.

—Nosotros combatiremos contra el Zurdo, y quizá no nos venza tan fácilmente como á los demás, sin contar con que los demás príncipes cristianos nos prestarán ayuda.

Zindarm de Maskovitzk, que odiaba cordialmente á los templarios, añadió:

—No sé qué harán los monarcas cristianos; en cuanto á los templarios no me extrañaría que se coligaran con los tártaros y nos atacaran por retaguardia.

Los caballeros empezaron á contradecirle y admitían que los templarios antepusieran sus intereses á los de la religión; pero no era creíble que se unieran á los tártaros para combatir contra un pueblo cristiano.

Afirmaban que Timur debía haberse alejado mucho de

Asia y que su hijo había perdido en la guerra tantos soldados que casi lamentaba su propia victoria, y además que Vitoldo, á fuer de prudente, había aumentado sus fuerzas, y que los lithuanos, vencidos aquella vez, estaban acostumbrados á vencer á los tártaros.

—No sólo deberemos combatir con el Zurdo,—observó Zindarm, y volviéndose á Zbishko, añadió:

—La Masovia será la primera invadida y podrás hallar fácilmente ocasión de batirte.

—Dios te ayudará,—exclamó Povala.

—¡A tu salud y á la de Danusia!—gritaron á una todos los nobles apurando las copas.

—¡A la derrota de los alemanes!—añadió Zindarm.

En aquel instante entró un hidalgo con un halcón en la mano, saludó y se dirigió á Zbishko, diciendo:

—La señora princesa me envía á deciros que permanecerá una noche más en Cracovia y que mañana marchará.

—¡Bien está!—exclamó el mozo.—Pero, ¿por qué se marcha tan pronto?

—No; la princesa espera un huésped de Masovia.

—¿El príncipe?

—Jurand de Spichov.

Zbishko sintió latir su corazón con tanta violencia como cuando se le leyó la sentencia de muerte.

II

La princesa Ana no se asombró de la llegada de Jurand Spichov, porque movido del deseo de ver á Danusia, muchas veces dejaba á sus soldados y corría hacia donde estaba su hija.

Como Danusia, á medida que transcurrían los años se parecía más á su difunta madre, el conde sentía crecer su cariño al advertir tal semejanza, imaginando ver á la princesa cuando la vió en Varsovia junto á su hermana Anita.

Los amigos esperaban que su corazón, deseoso de vengarse, olvidaría poco á poco, pero cada vez que veía á Danusia se renovaba su antigua herida, y partía á la frontera para anegar en sangre su sed de odio. Las gentes, al verle marchar desesperado, decían «¡Ay de los tudescos! no son corderos, pero Jurand los devorará como un lobo.

Efectivamente, apenas pasados unos días, Jurand había ganado una batalla, incendiado una ciudad ó pasado á cuchillo á los habitantes de una comarca entera. Los alemanes defendíanse como podían, y en justa reciprocidad, entraban como fieras en los países de las marcas, causando estragos horribles. Los infelices habitantes de la campiña se quejaban al gobierno de Varsovia de las iniquidades cometidas por Jurand y por los alemanes, pero como en aquellos tiempos era casi imposible que el rey hiciese justicia, los incendios y las matanzas se sucedían.

Jurand llegó á hacerse tan temible, que los campos vecinos á Spichov no se cultivaban. Nadie pasaba por los campos de su dominio, y los prados veíanse invadidos por la cizaña y las hortigas.

Muchos caballeros alemanes acostumbrados á luchar, se juntaban á veces para acometer todos á una al castellano de Spichov, pero siempre resultaban vencidos.

Un día llegó un caballero desconocido, de una estatura y fuerza descomunales, que retó á Jurand en campo abierto; pero que al verse frente á frente del terrible guerrero, apeló á la fuga con mengua de su honor. Jurand hundióle la espada en la espalda, quitándole así su honra de caballero.

Decían los vecinos de Spichov que su castellano había vendido el alma al diablo para poder vengarse mejor; con-

tábanse de él cosas terribles, decíase que en un terreno pantanoso había lanzado las calaveras de los alemanes muertos por su espada, y que de noche, aquellas calaveras resurgían de las aguas, clamando venganza contra su fiero matador.

De los calabozos de su castillo salían de continuo lamentables gemidos, que helaban de terror á los viandantes, y aun á los criados del pavoroso guerrero, cuyo nombre era cada vez más temido.

Zbishko, al saber la llegada de Jurand, fué en seguida á verle, sintiendo en lo íntimo de su corazón gran temor. Si bien era verdad que la princesa Ana había consentido en darle á su sobrina, ¿consentiría igualmente su padre? ¿No opondría Jurand algún impedimento?

Pensó el joven que valiéndose en su derecho de padre podría oponerse á la boda, y aquello desesperaba á Zbishko.

Danusia representaba para él cuanto había en el mundo deseable; ella era la única esperanza que le animaba, y si pensaba en combatir contra Lichtenstein, era únicamente por ella.

El joven interrogó al hidalgo, que estaba en la tienda de Amileo:

—¿Dónde debo ir? ¿Al castillo?

—Sí, directamente al castillo. Jurand ha ido á ver á la princesa.

—Decidme qué clase de hombre es; deseo saberlo, para hablar con él de un modo conveniente.

—¿Qué puedo decirlos? Años hace dicen que tenía un carácter jovial...

—¿Es inteligente?

—Y solapado, porque sabe vencer á los demás, y no cae en emboscada. Sólo tiene un ojo, porque el otro se lo vació una flecha alemana; pero ve hasta el fondo del alma. No hay nadie capaz de quebrantar la voluntad del

conde; tan sólo la princesa tiene algún ascendiente sobre él, porque cuida á su hija, y porque amó á su esposa.

Zbishko respiró como si le quitaran un gran peso de encima.

—¿Pensáis que se opondrá á la voluntad de la princesa?

—Comprendo lo que queréis decir. Sé que la princesa ha hablado á Jurand de vuestros esponsales, pero no sé qué respuesta le ha dado el valiente guerrero.

Habían llegado junto al castillo.

El capitán de los soldados que escoltáronle hasta el patíbulo, le saludó cortésmente, y Zbishko pasó junto á los alabarderos, atravesó el patio y fué á la habitación de la princesa.

El que acompañaba al joven preguntó á un criado:

—¿Dónde está Jurand de Spichov?

—En la habitación de su hija.

Indicando un corredor con la mano:

—Por aquí,—dijo.

Zbishko persignése, y alzando un cortinaje, entró en la estancia. De momento no vió ni á Jurand, ni á Danusia, porque la estancia estaba mal alumbrada. Se detuvo después de adelantar unos pasos, tosió y dijo:

—¡Alabado sea el nombre del Señor!

—Amén,—contestó Jurand levantándose.

Danusia corrió hacia el joven y tomándole por la mano exclamó:

—¡Zbishko! ha llegado papá.

Zbishko besó las manos de la joven y acercándose con ella á Jurand, dijo:

—Vengo á saludaros, ¿sabéis quién soy?

Se había inclinado á los pies de Jurand, pero éste le cogió por un brazo, y le examinó en silencio.

Zbishko, levantó los ojos con curiosidad, y vió un hombre de alta estatura, de cabellos y bigote rubios, moreno rostro y con un solo ojo de color de hierro. La mirada del

guerrero era tan penetrante que Zbishko sintióse perplejo y para romper aquel penoso silencio preguntó:

—¿Sois Jurand de Spichov, padre de Danusia?

Jurand indicóle un banco de encina, y sin hablar continuó examinando al joven.

Zbishko no pudo contenerse.

—Oid,—dijo,—no me place estar sentado como ante un juez.

Entonces, Jurand le preguntó:

—¿Quieres batirte con Lichstentein?

—Sí,—contestó el joven.

El rostro severo de Spichov se serenó, y añadió con acento más plácido:

—¿Por ella?

—¿Por quién si nó? Mi tío os habrá contado que hice solemne voto de arrancar las plumas de los cascos alemanes; no de tres, sino de cuantos dedos tengo en las manos. Después os ayudaré á vengar la muerte de la madre de Danusia.

—¡Ay de ellos!—exclamó Jurand.

Volvieron á permanecer silenciosos. Zbishko, comprendiendo que al expresar su odio á los alemanes se captaba la voluntad de Jurand, exclamó:

—Quiero ser inexorable con ellos, pues ha estado en poco que por su culpa perdiera la cabeza.

Y volviéndose á Danusia:

—Ella me ha salvado,—murmuró.

—Lo sabía,—dijo Jurand.

—¿Qué pensáis vos?

—Si le has hecho un juramento, procura cumplirlo, tal es la costumbre caballeresca.

Zbishko, después de breve silencio, añadió:

—Pensad que me cubrió la cabeza con un velo, y que los caballeros y el fraile que estaban al lado oyeron que me decía: ¡es mío! ¡es mío! Y es verdad, porque no seré de nadie más hasta la muerte, ¡lo juro ante Dios!

Diciendo estas palabras se arrodilló y para demostrarse conoedor de las costumbres caballerescas, besó los pies de Danusia y dijo á su padre:

—¿Habéis visto jamás una niña como esta?

—Sí la he visto, pero los alemanes me la arrebataron.

Zbishko dirigiéndose hacia el feroz guerrero, exclamó:

—Escuchad: ambos fuimos ofendidos y ambos debemos vengarnos, no hallaréis compañero más batallador que éste, he combatido ya con la lanza y con la pica, con la espada y con el hacha; desprecio la vida; mi tío os podrá decir como me batí con los frisios. En cuanto á Danusia, juro que por ella me batiré hasta con el mismo rey del Averno, y que no la cederé ni por riquezas, ni por tierras, ni por rebaños; la seguiré á donde quiera que vaya, aunque sea hasta el fin del mando.

Jurand, como despertando de larga reflexión dijo tristemente:

—Me gustas, muchacho, pero Danusia no puede ser tuya!...

Zbishko, miró á Jurand. Danusia acudió en su auxilio, porque gustábale la promesa del joven; así es que al oír las palabras de su padre, saltó del sillón y acercándose á Jurand, dijo:

—¡Papá, papá, me haces llorar!

Jurand que la queria más que á las niñas de sus ojos, le acarició el pelo. Su rostro expresaba no la ira, sino la tristeza.

Zbishko preguntó:

—¿Queréis oponeros á la voluntad de Dios?

Jurand contestó:

—Si Dios lo quiere, tuya será la niña, yo no puedo concedértela.

Y cogiendo por el brazo á Danusia salió. Zbishko trató de detenerle. Entonces, él, deteniéndose le dijo con gravedad:

—No te prohibo cumplir con tus deberes de caballero,

pero deseo que no me preguntes nada, ya que nada te puedo contestar:

Y salió de la habitación.

III

Al día siguiente Jurand no trató de evitar la compañía de Zbishko y durante el viaje permitió que tuviera con ella las atenciones propias de un caballero hacia su dama. Así comprendió que el altivo señor de Spichov no le tenía mala voluntad, y que, por lo contrario, sentía compasión hacia él por la dura respuesta que le había dado.

El joven hacía cuanto podía por acercarse á Jurand y reanudar su conversación, lo cual no era difícil porque ambos cabalgaban casi juntos.

Jurand, que de costumbre era muy taciturno, hablaba con animación, mas apenas Zbishko trataba de inquirir el obstáculo que le separaba de Danusia, el rostro de Jurand se ponía cejijunto y cesaba de hablar.

Zbishko pensando que la princesa sabía algo de ello, aprovechando una oportunidad le preguntó:

—¿Supongo que en la negativa del conde hay algo misterioso?

—Jurand me ha dicho que no le hable de ello. Aún cuando parece que le pesa no poder confiarse á nadie, se ve que no lo hace porque no puede y quizá se lo prohíbe algún juramento solemne.

—No puedo vivir sin Danusia,—exclamó Zbishko; yo soy tan desgraciado, que mejor hubiese sido marchar con Vitoldo para que me mataran los tártaros... Sí, debo acompañar á mi tío para morir luchando con los alemanes,

Así la muerte me será grata porque me impedirá ver á Danusia casada con otro.

La princesa le miró con sus dulces ojos y dijo:

—Cómo, ¿habéis consentido?

—¿Yo? En tanto que viva no consentiré nunca en ello.

—¿Pues?

—¿Cómo podrá ser mía contra la voluntad de su padre?

Entonces la princesa, murmuró, como hablando consigo misma:

—¡Ojalá no ocurra eso!

Después, volviéndose á Zbishko:

—Es más poderosa la voluntad de Dios que la de un padre. Si Dios quiere, Danusia será tuya.

—Lo mismo me he dicho á mi.

—¿Entonces?...

—Sólo puedo esperar de vuestra protección, ilustre señora.

—Yo te protegeré y Danusia te será fiel. Ya se lo he preguntado: Danusia, ¿permanecerás siempre fiel á Zbishko? y ella me ha contestado: Seré suya ó de nadie.» Es joven; pero tiene palabra y en eso se parece á su madre.

—¡Quiéralo Dios!

—Recuerda que debes guardarla fidelidad; vosotros los hombres, prometéis fácilmente y olvidáis lo mismo.

—Mal rayo me parta si olvido mi palabra,—exclamó enérgicamente Zbishko.

—Oyeme, pues: cuando hayas acompañado á tu tío á Bogdanetz, ven á mi casa, que allí en seguida que se presente ocasión te haré armar caballero. Danusia entretanto irá creciendo y Jurand cambiará poco á poco de ideas. No te será difícil, combatiendo contra los alemanes, prestarle algún señalado servicio y de tal manera, ganarás su voluntad.

—Eso pensaba hacer, ilustre señora.

El coloquio con la princesa le confortó. Y como por otra

parte, Matzko se sintió muy malo, fué imposible continuar el viaje en compañía de la corte.

La princesa se despidió de los guerreros afectuosamente después de entregarles su botiquin por si les era necesario.

Zbishko se echó á los pies de la princesa, luego besó los de Danusia, jurándole nuevamente eterna fidelidad, y luego, levantando entre sus brazos á la niña exclamó:

—Acuérdate de mí, florecilla campestre; acuérdate de mí, pajarito del paraíso.

Danusia abrazándole ingenuamente como una hermana rompió en llanto murmurando:

—¡No quiero ir á Tzechanov sin Zbishko; no quiero ir!

Jurand, que vió todo aquello no pareció disgustado, antes por el contrario, saludó benévolamente al joven y le dijo:

—Bendigate Dios, y no me guardes rencor.

—¿Cómo podría sentirlo por el padre de Danusia?

Jurand, estrechando con fuerza la mano del guerrero:

—Que Dios te proteja en todo,—exclamó, y espoleando el caballo desapareció entre una nube de polvo.

Zbishko comprendió cuánta afección encerraban aquellas últimas palabras y acercándose al carro donde iba Matzko, dijo:

—Quisiera acceder á mi deseo, pero algo se lo impide. Vos que habéis estado en Spichov, y que sois tan sagaz, quizá podáis adivinar algo.

Matzko no contestó porque estaba gravemente enfermo. La fiebre que remitió por la mañana recargó á la noche, y el pobre viejo preguntó:

—¿De dónde viene este sonido?

Zbishko se estremeció, parecióle que cuando un enfermo siente el sonido de las campanas puede considerarse perdido; y al considerar que su tío podía morir sin confesión é irse al infierno se horrorizó. Decidió marchar de descubierta hasta ver alguna iglesia y sentándose interi-

amente al lado del enfermo, le veló solícito toda la noche, administrándole de vez en cuando una pocion calmante que le había dado Amileo.

Matzko bebía ávidamente y experimentaba gran alivio. Después cayó en un sopor tan profundo que Zbishko se inclinó varias veces sobre él para asegurarse que respiraba.

A solas con sus pensamientos, el joven sintió honda amargura al pensar en la negativa de Jurand. Durante algunos momentos creyó perdida por completo su causa, pero como la juventud tiene siempre esperanza, pensó que tras aquellos días de prueba lucirían otros de dicha, y que Dios le permitiría cumplir su voto, poniendo á los pies de Danusia los cascos de diez alemanes, y que entonces su felicidad llegaría al colmo, porque nadie osaría oponerse á ella.

El alba arrancó al joven de sus meditaciones. El día se anunciaba espléndido pero frío. Matzko estaba mejor; su respiración era regular y tranquila. Se despertó cuando el sol estaba ya muy alto, y entreabriendo los ojos preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Olkush, donde se halla la Fábrica de la Moneda.

—Si trabajase una temporada para nosotros, pronto repoblaríamos á Bogdanetz.

—Ahora sí que creo que estáis bien,—replicó riendo Zbishko,—de todos modos, creo que debéis aprovechar vuestra mejoría para tomar la sagrada comunión.

—Soy un pecador, y me confesaré con gusto. Esta noche he soñado que los diablos me desnudaban y hablaban entre ellos en alemán. ¿Y tú has dormido?

—Un poco.

—¿Quieres dormir ahora?

—¿Acaso podría?

—¿Quién te lo impide?

—El amor.

Matzko, después de una breve pausa dijo:

—No comprendo de quién heredaste esa manía amorosa, ni yo ni tu padre éramos así cuando jóvenes.

Zbishko, en vez de contestar, levantando los ojos al cielo, cantó:

«Estoy en duro trance
desconsolado,
porque tú no me quieres
dueño adorado,
y si así continuó
de noche y día,
muy pronto ha de matarme
la parca impía!»

El canto resonó débilmente en la selva como un eco lejano.

Matzko tocando su herida en la que conservaba clavado el trozo de hierro gimió:

—Los hombres de otros tiempos, tenían mejor sentido... aunque también entonces había casquivanos.

El carro había llegado al lindero del bosque.

Aparecieron muy pronto las cabañas de los mineros y un poco más lejos las murallas almenadas de Olkush construídas por el rey Casimiro, y la alta torre de la iglesia edificada por Ladislao.

IV

El sacerdote de la parroquia confesó á Matzko y les ofreció á él y á Zbishko hospitalidad durante la noche.

Aceptaron y prosiguieron su camino á la mañana si-

guiente, dirigiéndose hacia Slesia para pasar luego á Polonia.

El camino atravesaba espesas selvas dentro de las cuales, al ponerse el sol, se oía el mugido de los búfalos, de los cuales se veía brillar los ojos entre las tinieblas; además el viandante estaba amenazado por las cuadrillas de alemanes que infestaban el país y que cada día hacían excursiones desde sus castillos de la frontera. Es verdad que á causa de la guerra entre Ladislao y el príncipe Opolsky, la mayoría de esos castillos habían sido destruídos; pero los que quedaban eran insuficientes para hacer que la seguridad del país fuese muy precaria.

Nuestros dos caballeros recorrían tranquilamente el camino, y empezaban á aburrirse, pues les faltaba aún una jornada para llegar á Bogdanetz, cuando de repente, oyeron el ruido de muchos caballos.

—Llega gente,—dijo Zbishko.

Matzko que no dormía, miró al cielo y tranquilizó á su sobrino.

—No tengas cuidado,—dijo,—tardará todavía en haber peligro, ya que á esta hora no hay alemán que se arriesgue lejos de su casa.

Zbishko, creyó de todos modos conveniente hacer parar el carro y preparar á los soldados que llevaba de escolta por lo que pudiera ocurrir.

Al cabo de poco apareció un caballero seguido de escolta; no teniendo intención de esconderse el desconocido, por cuanto llegaba cantando á grito pelado, Zbishko, no podía distinguir bien la canción y oía únicamente un alegre *gotz, gotz*, con que terminaba cada estrofa.

—Es uno de los nuestros,—dijo Zbishko.

Y dirigiéndose al que llegaba, gritó:

—Párate.

—¿Y si no me diera la gana?—contestó una voz burlesca.

—¿Por qué sigues nuestros pasos?

—¿Por qué me cierras el paso?

—Contesta.

—Ya te he contestado.

—Ea, acabemos de una vez.

La contestación que llegó fué en forma de dos estrofas más de la canción que entonaba el desconocido:

«A lo largo del camino
dos dolores se encontraron
¡gotz! ¡gotz! ¡gotz!

Y al estar frente por frente
ambos á dos se abrazaron
¡gotz! ¡gotz! ¡gotz!»

Zbishko quedó admirado de la contestación, pero bien pronto salió de dudas cuando la misma voz que la entonaba gritó:

—¿Cómo está el viejo Matzko? ¿Respira aún?

El aludido incorporándose exclamó:

—¿Quién pregunta por mí?

—Zich de Zgogelitz; hace ya una semana que os busco y pregunto por vosotros.

Diciendo estas palabras se adelantó el desconocido y estrechó la mano del tío y del sobrino.

—¿Cómo estáis?—les preguntó.

—Mal, mal,—dijo Matzko,—pero me alegro de veros, porque me parece estar ya en Bogdanetz.

—Me han dicho que los alemanes os han herido.

—Sí, y por desgracia me ha quedado entre las costillas la punta de una lanza.

—¡Virgen Santa! ¿Habéis bebido grasa de oso?

Zbishko exclamó:

—Todos se lo han aconsejado; si estuviésemos ya en Bogdanetz, procuraría matar un oso con mi hacha.

—Quizá Jaghenka tendrá grasa de esa.

—¿De quién queréis hablar? Me parece que vuestra mujer no se llamaba así.

—Hace años ya que murió la pobre. Jaghenka se le parece, pero es muy joven aún. Mi pobre mujer cayó un día de lo alto de un pino y murió.

—¡Dios la haya acogido en su seno!

—Yo quedé tan triste que durante tres días permaneci sin sentido y todos creían que estaba muerto. Cuando desperté lloré mucho, y lloro todavía, aun cuando Jaghenka es una buena chica.

—Apenas la recuerdo, cuando marché era muy pequeña.

—El día de Santa Inés cumplió quince años; yo hace también mucho tiempo que no la veo.

—¿De dónde venís?

—De la guerra.

Matzko, olvidando su propio dolor, interrogó á su amigo:

—¿Habéis combatido al lado del príncipe Vitoldo?

—Sí, pero la fortuna nos fué adversa. Los tártaros nos derrotaron en Edige. Los nuestros creyeron que era fácil vencer á aquella canalla, pero después de muchas horas de lucha vimos que de cada diez de los nuestros solo quedaba uno en pie. No podéis imaginaros la carnicería que hubo; setenta príncipes rusos y lituanos quedaron en el campo de batalla.

—Ya lo oí decir.

—También murieron nueve templarios. El príncipe, desde el principio de la lucha, se rodeó de los polacos porque fiaba mucho en su pericia y valor, pero uno tras otro fueron cayendo á impulso de las flechas enemigas.

El narrador soltó una carcajada como si contase una historieta alegre y canturreó:

«¡Me acuerdo de las flechas tártaras!»

—¿Qué sucedió?

—El príncipe huyó, no perdiendo la esperanza de un desquite. Fuimos al vado de Tavansk y allí muchos caballeros polacos llenaron los claros de nuestras filas, así es que, al atacarnos de nuevo los tártaros, no sólo les hicimos frente, sino que matamos á muchos y aprisionamos á más. Yo tengo cinco prisioneros que veréis cuando amanezca.

—En Cracovia se decía que la guerra continuaría.

—Es posible.

—¿Volvéis á vuestra casa?

—Sí, porque he cumplido ya mis compromisos.

Zich, volviéndose á Zbishko exclamó:

—¡Santo Dios! te he conocido un niño y ahora te encuentro hecho un guerrero. ¿De modo que querías matarme? Ya veo que eres un valiente.

—He crecido en los campos de batalla.

—En Cracovia me ha hablado de tí, el caballero de Tavec; me ha dicho que Jurand no quiere concederte la mano de su hija... En cuanto veas á Jaghenka...

—Nunca olvidaré á Danusia.

—Le daré en dote la Mocidola, donde está el molino; ya verás cuántos caballeros se pirrarán por mi hija.

Zbishko iba á contestar: «pero yo no», cuando Zich de Zgogelitz, cantó entre dientes:

«Todos, todos me dirán
que los acepte por yernos!!»

—Siempre estáis contento, —observó Matzko.

—¿Qué hacen las almas en el paraíso?

—Cantan.

—Las almas condenadas lloran; yo prefiero ir con las que cantan, y San Pedro oyéndome cantar siempre, dirá: «es preciso llevarle al paraíso, porque si no este loco cantará hasta en el infierno, lo cual sería dar mal ejemplo». Mirad, apunta el alba.

Hacia algunos minutos que atravesaban una gran esplanada en cuyo centro había un estanque donde algunos pescadores recogieron apresuradamente los trabajos al ver á los que avanzaban y tomaron una actitud defensiva.

—Creo que nos han tomado por bandoleros, —dijo Zich; —¿á quién pertenecéis, pescadores?

Estos permanecieron silenciosos, hasta que el más viejo contestó:

—Pertenece al abad de Tulci.

—Nuestro pariente, —exclamó Matzko; —pero este terreno lo habrá comprado hace poco.

—¿Comprado? —exclamó Zich. —¡Cál! Es que se batió con Vilko y le venció.

—Espero que no se batirá con nosotros, —repuso Matzko.

—Creo que no. Hablándole con franqueza, resulta un caballero muy cortés; cuando canta, demuestra tal fuerza en los pulmones que las golondrinas huyen despavoridas.

—Sí, ya recuerdo que apagaba una luz á cien pasos de distancia. ¿Ha estado alguna vez en Bogdanetz?

—Sí, y ha conducido allí cinco campesinos con sus mujeres. Jaghenka fué bautizada por él y la quiere como hija.

—Si me dejara los campesinos... —exclamó Matzko.

—A él, que es tan rico, ¿qué le pueden importar cinco aldeanos?

El sol, en el azul opalino del cielo, envió su primer destello de oro.

Los caballeros se persignaron y rezaron la oración de la mañana.

Zich, volviéndose al anciano, dijo:

—Ahora que os he visto á plena luz, veo que habéis cambiado mucho; Jaghenka os curará, porque un hierro de lanza entre las costillas, no es compañía muy grata que digamos. En cuanto á tí, Zbishko, me figuro que serás un buen caballero y que podrás luchar contra un oso.

—Ya lo creo,—contestó Matzko por el joven.
—Y yo lo sé,—repuso Zich;—Povala de Tacev me ha contado muchas cosas...

«Marchó el tudesco á la batalla, alegre
y á la tumba bajó despenachado!...»

Miraba benevolamente á Zbishko que murmuró entre dientes:

—Con un vecino así, me parece que no nos aburriremos.

—Nunca conocí el aburrimiento. Lo que me parece es que vais á encontrar vuestras tierras en un estado lastimoso, porque nadie se ha cuidado de vuestra casa. Lo mejor es que vengáis á la mía durante dos ó tres meses, y Jaghenka, cuidará de vuestras habitaciones y de cuanto hayáis menester.

—Muchas gracias,—exclamó Matzko conmovido;—ya sé de muy antiguo que sois muy cortés y hospitalario, pero si debo morir á consecuencia de esta maldita herida, prefiero morir en mi casa. A las incomodidades estoy muy acostumbrado, así es que no me sorprenderán.

Zich de Zgogelitz que era citado como modelo de hospitalario, insistió, pero el anciano, no se dejó persuadir, repitiendo que deseaba morir en Bogdanetz.

El coloquio fué interrumpido por el sonido de un cuerno.

Zich paró su caballo y escuchó.

—Alguien caza por aquí.

—Quizá el abad; me alegraría encontrarle.

—Silencio...

El sonido del cuerno repitióse más cerca, confundido con el ladrar de muchos perros.

—¡Preparaos!—dijo Zich á sus hombres;—se acercan.
Zbishko saltó del caballo gritando:

—Preparad los arcos, quizá una fiera saldrá del bosque; ¡pronto!

Diciendo esto adelantóse hacia el bosque. El cuerno resonó más cercano, y los ladridos redoblaron.

De repente se oyó un rumor sordo; crugieron las ramas, rompiéndose, y un búfalo enorme con los ojos sanguinolentos y la boca entreabierta saltó al camino; las patas delanteras no resistieron el choque y el animal se arrodilló, pero levantándose en seguida, trató de huir.

De repente sonó un mugido y la fiera rodó por el suelo; una flecha le había atravesado.

Zbishko apareció con el arco tendido y miró cómo el búfalo agonizaba.

—Lo he matado,—dijo con alegría.

—¡Bravo!—exclamó Zich, acercándose.

—Estaba cerca y el golpe fué mortal.

—Los cazadores que lo perseguían lo reclamarán para ellos.

—Pero yo no se lo daré,—contestó Zbishko;—lo he matado en el camino que es un terreno neutral.

—¿Y si es el abad quién caza?

—A ese se lo entregaré.

Salieron del bosque diez ó doce perros que al ver al búfalo se lanzaron sobre él mordiéndole.

—Aquí están los cazadores,—dijo Zich.

—¡Venid aquí, ya está muerto!

De pronto calló y poniéndose la mano sobre los ojos para ver mejor:

—O soy ciego,—agregó,—ó...

—Va delante de todos un caballero sobre un negro corcel.

—¡Es ella!... ¡Jaghenka!

Una niña avanzó á caballo; llevaba el arco en la mano y el carcaj á la espalda; traía el pelo alborotado por el movimiento y su pecho anhelaba bajo una blusa descotada recubierta de cota de malla.